

„Me parece, pues, que Dios ha sacado mucho fruto de este viage, aunque no del modo que le esperaban los viageros; pues si hubieran querido proseguir con la piedad y prudencia conveniente á los Christianos lo que habian empezado, el Señor hubiera permanecido con ellos, y sacado por su medio mucho fruto de esta empresa; mas por haberse abandonado á toda especie de males, y no pudiendo ocultarlos al Señor, que habia sido el principio de su viage, para que su providencia no se frustrase, su malicia le dió ocasion para exercitar su providencia; y así, les envió persecuciones y aflicciones, que, purificándolos, pudiesen hacerlos llegar al Reyno de los cielos. Al fin, los que volviéron, nos han confesado que habian visto muchos que al morir en aquel país, declaraban que morian gustosos, y que no querian volver á la vida, por temor de reincidir en sus pecados.

„Mas para que no dudeis de lo que os digo, os declaro en confesion, como á mi Padre espiritual, que San Juan, y San Pablo, Patronos de nuestro Monasterio, se han dignado visitarnos muchas veces: los he hecho preguntar sobre este punto, y han respondido, que la multitud de los Angeles que cayéron del cielo habia sido reemplazada por los que habian muerto en aquel país. Sabed tambien, que se han acordado mucho de vos, y han profetizado que ya no tardaria vuestro fin en llegar. Supuesto, pues, que el negocio ha tenido tan buen éxito, segun las intenciones de Dios, aunque no se ha terminado segun los deseos de los hombres, pertenece á vuestra prudencia consolaros en este particular en solo aquel, cuya gloria deseais y solicitais; el que solamente os dió la gracia de exhortar, y de obrar para esta empresa, porque preveía los bienes que de ella habia de sacar. El Señor, pues, finalice con felicidad vuestra carrera, y nos coloque con vuestra Paternidad en el cielo.

„Escribió San Bernardo la carta 387 á Pedro Venerable, Abad de Cluni. Le previene con las seguridades de la tierra

amistad que le profesa, y le suplica que excuse con ésta lo que en algunas cartas le pudo haber escrito con algun poco de aspereza. „¡Ojalá pudiera yo abriros mi corazón, le dice, con la facilidad que abris esta carta! Sin duda leeriais en él con toda claridad los sentimientos de ternura que el dedo de Dios dispuso en mí para con vos, y las impresiones que allí hacen. Pero, ¿qué es esto! ¿Acaso pretendo hacerme valer para con vos? De ningun modo. Ha mucho tiempo que mi alma está pegada á la vuestra, y la igualdad de la caridad de dos personas tan diferentes ha hecho dos corazones enteramente semejantes: porque, ¿qué pudiera haber que fuese comun entre *mi nada*, y vuestra excelencia, si no os hubierais dignado de baxaros hasta mí; de suerte, que se hallan tan confundidas entre sí mi pequeñez y vuestra grandeza, que vos teneis parte en todo quanto me abate, y yo la tengo tambien en todo quanto os eleva? Hablo de este modo, porque Nicolás, mi querido amigo, ó por mejor decir, vuestro, me parece que se turbó, y por consiguiente me puso á mí en la misma turbacion, asegurándome que habia visto en vuestras manos una carta mia, en la que yo habia escrito algunas palabras algo mas agrias. Creed á un amigo sincero; jamás se ha formado en mi corazón, ni ha salido de mi boca nada que pudiese desagradar á los oidos de V. B. Esta desgracia procede de la multitud de los negocios; porque nuestros Secretarios fixando bien en su memoria nuestros pensamientos, dan muchas veces demasiada vivacidad á su estilo. Además de que no puedo yo reveer lo que he mandado escribir. Perdonadme por esta vez, pues aunque no lo execute así con otras cartas, volveré de hoy mas á leer las vuestras, y solo me fiaré de mis ojos y mis oidos, &c.”

La carta 388 es la respuesta de Pedro Venerable á San Bernardo. ¿Qué diré? De ordinario hablo mucho, y ahora he enmudecido. ¿En qué consiste? En que vuestra carta, que debiera hacerme eloquente, me ha reducido á callar; porque

en su corta extension he leído cosas tan grandes, que si yo probára á responder, mas bien pareceria que no sabia que decir, que el que tenia mucho que hablar: no obstante, trato con un hombre prudente y regular. Es preciso, pues, proceder como lo exíge su prudencia, y como lo pide la regularidad, sino la mia, á lo menos la vuestra. ¿Y qué, no he dicho la verdad? Breve es vuestra carta; pero da materia para una larga respuesta: sufrid, pues, las insipideces, y extravagancias que diré. A la verdadera amistad pertenece recibir de un amigo, no solamente las cosas vivas y agradables, sino tambien el sufrir las que son insípidas, ó sazonarlas por sí mismo. Recibí de vos, como ya he dicho, una carta inimitable, en la que me manifestais tierna amistad, y me dais títulos honoríficos que no se me deben: me llamais con el nombre de *Reverendísimo*, y con el de *Padre*; me llamais *vuestro muy amado amigo*; de esto me alegro; pero sin pretender disminuir en nada la verdad que Jesuchristo ha puesto en vuestro corazon: ignoro los dos primeros títulos, y no niego el tercero. Yo no soy ni *Reverendísimo* ni *Padre* para con vos; pero en quanto al nombre de *muy amado amigo*, es una calidad de la que hago profesion, no solamente de boca, sino que la reconozco en mi corazon...

Desde la juventud empezamos á amarnos en Jesuchristo, ¿cómo, pues, podremos dudar en la edad en que nos hallamos de tan santa, y tan antigua amistad? No será así; y para valdarme de vuestras expresiones, creed á un verdadero amigo. Jamas se ha formado en mi corazon, ni ha salido de mi boca nada que diese á entender que he interpretado poco favorablemente vuestras palabras, de qualquiera modo que las hayais dicho. Y así, recibo y conservo con placer lo que sobre este punto me habeis escrito. Mas facilmente me pudieran quitar mil talentos de oro, que arrancarmelo del corazon: pero baste sobre este asunto, &c." *XXVIII.* En la carta 389, escrita á Pedro, Abad de

Cluni, le dice San Bernardo, que le habia agradado mucho su carta; pero que la opresion en que le tenian sus ocupaciones no le permitia darle una larga respuesta. „He leído vuestra carta en un instante, le dice, pero con mucho placer: estaba, amado Padre mio, ocupado en el importante negocio que sabeis, y mas de lo que podeis imaginar: no obstante, pude escaparme y substraerme de las visitas, para encerrarme con Nicolás, aquel amigo que amais tan tiernamente. He leído y releído todas las dulzuras de que está llena vuestra carta; en ella todo respiraba la sensibilidad de vuestro corazon, y animaba la del mio. Sentia no poder corresponder con la viveza de que estaba tocado mi corazon: pero se oponia á mis deseos la malicia de cada día; porque se habia celebrado un congreso, compuesto de casi todos los pueblos que estan sobre la tierra, y me veía en la precision de responder á todos: porque, en castigo de mis culpas, yo he venido á este mundo á vivir en él oprimido y devorado de una multitud de cuidados diferentes. Escribo corriendo estas pocas palabras al mejor amigo que yo tengo; mas quando esté despacio, le dispondré una carta mas circunstanciada, en la que los sentimientos de mi corazon se explicarán mas ampliamente, &c." *XXIX.* Escribió el Santo la carta 390 á Eskilo, Arzobispo de Lunden, Legado de la Santa Sede Apostólica, en los Reynos de Suecia y Dinamarca. Le manifesta un humilde reconociendo de su amistad, y le da á entender que la suya es reciproca. „He sabido, le dice, vuestros trabajos y aflicciones; y no solamente los hice míos propios, sino que los he sentido quáles eran efectivamente; porque no puedo menos de afligirme, amable Padre mio, quando estais afligido, ni de sentir pesadumbre quando me hablan de vuestras inquietudes y penas. Todo lo que hiere vuestro corazon, conmueve al mio; y qualquiera cosa que os atormenta, es tambien para mí un tormento. Creo que os debo, y que me debeis todos los testimonios de ternura y afecto que los amigos ausentes pueden darse: soy atrevido; pe-

ro soy sincero, y la humildad de vuestra grandeza es la que me ha inspirado este establecimiento; porque de otro modo, ¿cómo podría yo tenerle? ¿Cómo sería osado un hombre tan despreciable como yo á esperar gracia tan grande de un Prelado de vuestra importancia? Si no puedo reconocerla, como sería razon, aun no ha muerto el que ha de suplir; porque el mismo Dios la pagará por mí; este es el que estrecha los nudos de este afecto, que con tanta cortesía os une á mí. ¡Bendito sea el Angel que os guia y os inspira estos sentimientos! ...

¡Oh cómo siento que no se me permita deciros estas cosas en lugar de escribirlas, y poder abrir os mi corazón mas bien en las conversaciones, que en las cartas; seguramente hallaríais mas viveza en la conversacion, que en el papel; y sería mas eficaz la lengua, que el escrito; los ojos persuadirían las palabras, y el rostro expresaría, mejor que la mano, los sentimientos! Pero como la ausencia me impide para ejecutarlo por mí mismo, procuro suplirlo con las cartas; interpretes de segundo orden. He visto vuestro correo con grande placer, y en quanto he podido, he hecho valer vuestros asuntos para con el Papa. En quanto á aquel designio secreto que tanto os ocupa el corazón, vuestro querido Guillermo, que es todo vuestro en las entrañas de Jesuchristo, os responderá sobre esto de mi parte: le he confiado mis ideas, y en quanto á este punto le podeis escuchar como á mí mismo. ¡Ay de mí! que vienen á arrancarme de aqui; me llevan, y no puedo pasar adelante. Me distrae la malicia del día; me llama una multitud de cuidados no previstos, que en esta parte rompen mi carta, mas bien que la concluyen. ¿Por ventura quando me impiden que os escriba por mas tiempo, podrán hacer que os ame menos? Me arrancan la pluma de las manos, mas no me arrancan la ternura del corazón: éste es el dueño de sus movimientos. Luego siempre es vuestro, Padre muy santo, muy venerable y respetable, y lo será mientras yo viva."

En la carta 392, escrita á Raoul, Patriarca de Antioquia, le encomienda San Bernardo particularmente la humildad. "Si la vida del hombre sobre la tierra, le dice, es combate, ¿qué será la vida de un Pontífice que tiene doble motivo de pelear, así por sí mismo, como por el rebaño que se le ha confiado? Es preciso, pues, pelear contra el regalo de la carne, contra la depravacion del siglo, contra los espíritus de malicia, esparcidos por el aire. ¿Quién podrá vencer? Este lazo triple se rompe con mucha dificultad... El lugar elevado, no tanto es para el hombre sábio ocasion de hincharse con el orgullo, quanto una razon, para temblar. Confieso que la Iglesia tiene sus plazas eminentes; pero es preciso añadir la continúa aprehension de caer. No se condena la grandeza de la clase, sino la soberbia del que la ocupa. Y ¿qué medio hay para que no levante los ojos el que está colocado en mucha elevacion, sino el de estar siempre mirando al precipicio que hay abaxo? El susto del precipicio reprime la insolencia de la dominacion: hagamos con los hombres lo que queremos que ellos hagan con nosotros. ¿Quién habrá que no quiera ser obedecido de sus súbditos. ¡Ojalá que tambien nosotros obedezcamos á nuestros Superiores; pues de lo contrario, tenemos dos medidas y pesos; y esto es una abominacion delante de Dios! Somos, pues, abominables á sus ojos, si no queremos obedecer á los que nos mandan, como nosotros deseamos ser obedecidos de aquellos á quienes mandamos. No puedo admirar suficientemente la humildad de la fe de aquel Centurión, y la discrecion de su respuesta al Salvador: Yo, le dixo, soy un hombre sujeto á otra Potestad, y tengo sujetos á la mia algunos Soldados (Luc. 7). ¿Qué de prudencia habia en aquel alma, y qué de humildad en aquel corazón! Antes de decir que mandaba á otros Soldados, confiesa, para sofocar los sentimientos del orgullo, que tambien él era un súbdito; ó por mejor decir, puso la sumision primero; porque en mas estimaba obedecer, que mandar. En la disposicion de sus palabras, y

con un discurso tan bien ordenado, hace ver, y manifiesta cuánto orden observa su entendimiento, &c."

En la carta 393 exhorta San Bernardo á Guillermo, Patriarca de Jerusalén, á vivir en la humildad. „Nuestro amigo fiel que se encarga de llevar esta carta, me ofrece la ocasion de escribiros, bien que con mas brevedad que yo quisiera; pues no menos que á vuestra Santidad me oprimen los negocios. Si á alguno le parezco atrevido, y me condena, merece perdon mi atrevimiento, porque procede del amor....

„Estais en un lugar mucho mas santo y mas ilustre que aquel en que se halló Moysés. El Señor del mismo Señor es el que vino á nosotros con el agua y la sangre. Este es el lugar en donde os han colocado. ¿Quién subirá al monte del Señor? ¿Quién descansará en su Santuario? Solo aquel ha de subir, á quien Jesuchristo enseñe á ser manso, y humilde de corazón.

„El humilde es el unico que puede subir con seguridad; porque la humildad sin duda por ninguna parte puede caer. Aunque suba el sobervio, no puede permanecer por mucho tiempo firme; porque no quiere sostenerse sobre sus pies, sino que ha tomado un apoyo muy fragil; esto es, aquel del qual habla el Profeta, quando dice con horror: *No me haga caer el pie de la soberbia* (Salm. 35). Porque la soberbia no tiene mas que un solo pie, y es, el deseo de nuestra propia excelencia: no puede estar en pie por mucho tiempo el sobervio; porque no descansa en dos. ¿Quién podrá sostenerse sobre un pie que ha hecho caer á todos los transgresores, al Angel en el cielo, y al hombre en el paraíso?....

„Si quereis, pues, permanecer firme y seguro, apoyaos sobre una sólida humildad. No descanséis sobre el pie de la soberbia, sino sobre los dos pies de la humildad, para que no bambaneen vuestros pasos; porque la humildad tiene dos pies, que son la consideración del poder de Dios, y la de nuestra flaqueza. ¡Oh qué hermosos, y qué seguros son estos

pies! No estan envueltos en las tinieblas de la ignorancia ni manchados con la rápida inclinacion de las pasiones. Vos, Señor, que os hallais en la elevacion, no os dexeis llevar de sentimientos elevados, temed y humillaos debaxo de la poderosa mano de aquel que comunmente rompe con su propia fuerza la cabeza de los presuntuosos y sobervios. Debeis saber que se os ha confiado la Iglesia, no como una esclava á su Señor, sino, para volver al principio de la carta, como una Madre á su Hijo, y como Maria al amado Discípulo; de suerte que se la pueda decir: *Muger; ahí tienes á tu Hijo*; y dirigiendo á vos las palabras, se diga: *Discípulo, ahí tienes á tu Madre*. De este modo podreis confiadamente entrar, salir y caminar segun el mandamiento de aquel que con estar tan elevado en los altos lugares de su habitacion, mira con complacencia las cosas humildes en el cielo y en la tierra."

Escribió San Bernardo la carta 397 á Odon, Abad de Marmutier, le dice, que los Monges que disputan ciertas rentas con algunos Eclesiásticos deben conformarse á la sentencia de los arbitros. „En verdad, les dice, que me admiro de que algunos de vosotros (porque no permita Dios que yo sospeche de todos) estén tan seducidos de su simplicidad, ó tan ciegos por su avaricia, que sin atender á la buena reputacion prefieran unas rentas de tan poca importancia á la general aprobacion de toda la tierra. Guardaos mucho, hermanos míos, de comparar con las utilidades temporales la gloria que há tantos años, ó por mejor decir, desde vuestra fundacion habeis adquirido por la santidad de vuestra vida, aun entre los enemigos de la Religion. Puede ser que me digais: nosotros á nadie hacemos injusticia, conservamos lo que es nuestro, y estamos prontos á sujetarnos al juicio del que nos condenase. Está muy bien; pero si alguno os responde: basta para que pequeis el tener pleytos; porque no sufris antes la injusticia (2. Cor. 6.). Si os quitan lo que es vuestro, no lo demandeis, volved la mexilla izquierda al que os hiere en la derecha, y al

que os quite la túnica, dexadle tambien la capa (Luc. 6.)
 » No haríamos presentes estas máximas, sino deseáramos
 mas corregiros que confundiros. Os decimos, pues, que es lo
 mas seguro en un Christiano, y sobre todo en un Religioso
 poseer poca hacienda en paz, que tener muchos pleytos: ¿por
 qué no cantais, *mejor es para el justo lo poco, que las gran-
 des riquezas de los pecadores?* (Salm. 37.) ¿Para qué es tanto
 disputar sobre el altar, y principalmente con los hijos de Le-
 ví, esto es, con los Eclesiásticos? ¿No son estos los que de-
 ben vivir del altar y servirle? Nosotros tenemos por profesion y
 por exemplo de los antiguos Monges vivir de nuestro propio tra-
 bajo, y no de las rentas del santuario. Tambien se debe añadir
 que los Eclesiásticos son los únicos que sirven á la Iglesia,
 sobre la qual son vuestras disputas, y participais del prove-
 cho con los que no participais del trabajo. Clama San Pa-
 blo en favor de los Eclesiásticos, y aun el mismo Moysés an-
 tes que el Apostol: *No atarás la boca al buey que trilla:*
¿Quién es el hombre que planta una viña, y no come de su
fruto? ¿Quién lleva el rebaño á los pastos, y no se alimen-
ta con su leche (Deut. 25. 1. Cor. 9.). A vosotros hablo con mu-
 cha diferencia: ¿cómo pretendéis los que sois Monges el fru-
 to de una viña que no habeis plantado, y la leche de un re-
 baño que no habeis cuidado? ¿Por qué razon exígis cosa al-
 guna de un Lugar en donde no haceis servicio alguno? Si asi
 lo quereis, bautizad los niños, sepultad los muertos, visitad los
 enfermos, haced los matrimonios, instruid á los ignorantes, repre-
 hended á los pecadores, excomulgad á los impios, reconciliad
 los penitentes; por último, lleve la palabra en medio de la
 Iglesia el Religioso, cuya obligacion es la quietud y el si-
 lencio. Puede ser que entonces pruebe el mercenario que es
 digno de la recompensa; de lo contrario hallo mucha envi-
 dia en querer segar lo que no se ha sembrado, y mucha
 injusticia en juntar lo que otro ha esparcido &c.”

XIX. La carta 398 fué dirigida á Guido y á los Reli-

giosos de Remel. Habian suplicado estos á San Bernardo que
 les compusiese un oficio para San Victor su Patron; les de-
 clara en esta carta su corta capacidad, y la dificultad de la
 obra. Les expone la exáctitud que se debe observar en todo lo
 que sirve al público culto de la Religion, y explica las reglas
 del canto de la Iglesia. Me pedis, amado Abad, asi vos, co-
 mo vuestros Religiosos que os escriba alguna cosa que se pue-
 da leer ó cantar solemnemente en el dia de la fiesta de San
 Victor, cuyo santo cuerpo descansa en vuestro Monasterio.
 No os canseis por mi tardanza, por mas que yo lo procure
 eludir, siempre me instais, y no parece que atendeis á lo
 que tan justamente me da vergüenza: os valeis para conmigo
 de otros intercesores, como si para hacerme consentir en lo
 que deseais, hubiera alguna cosa que me hiciese mas instancia
 que vuestros mismos deseos: pero si hubierais consultado á
 vuestra propia prudencia, no hubierais aplicado vuestra refle-
 xion á mi amistad para con vosotros, sino al lugar que yo
 ocupo. La importancia de la empresa no pide solamente un
 amigo, sino un hombre hábil y capáz, de autoridad mas po-
 derosa que la mia, de vida mas santa y de estilo mas conveniente
 á la santidad de la obra, y mas propio para darla el luci-
 miento.

» ¿Acaso estoy yo colocado en el pueblo christiano, en
 la menor clase de las distinguidas, para que se lean comunmen-
 te mis escritos en las Iglesias? ¿Tiene, por ventura, mi enten-
 dimiento la suficiente fuerza y eloqüencia para que me pidan
 lo que ha de contribuir á las alabanzas públicas y solemnes? Yo
 habia de pretender hacer de nuevo sobre la tierra el elogio
 de un Santo que es alabado en el cielo! El querer añadir al-
 guna cosa á las alabanzas celestiales, es disminuirlas. No es
 esto decir que no puedan celebrar los hombres la gloria de los
 Santos alabados por los Angeles, sino que en una fiesta solem-
 ne no es razon que se oigan alabanzas nuevas y comunes; es
 preciso valerse de las antiguas y autorizadas, que sean capa-

ces de edificar la Iglesia, y dén á entender la magestad Eclesiástica. Si se han de oír elogios nuevos, y la festividad lo pide, me parece, como he dicho, que solo deben admitirse aquellos que el mérito del autor, y las gracias de su elocuencia hacen mas agradables y mas útiles para los oyentes. Los sentimientos de piedad deben ser sostenidos con verdades constantes y sin disputas, respirar la justicia, persuadir la humildad, enseñar la justicia, producir la luz, purificar las costumbres, amortiguar los vicios, animar el fervor, y arreglar el sentido. Si hay algun canto, este debe ser lleno de magestad, no inspirar rusticidad ni delicadéz; ha de ser suave sin ser debil, y agradable á los oídos; para mover el corazón, alegrar la tristeza, calmar la ira, y no quitar la fuerza al sentido de las palabras, sino animarle mas: no pierde poca gracia el alma quando por la poca gravedad del canto es distraída de lo útil de los sentimientos, y mas atiende á la inflexión de las voces, que á llenarse de las mismas cosas que se cantan.

«Esta es la naturaleza de las alabanzas que se deben anunciar públicamente en la Iglesia: ¿y cuál debe ser el que las compone? ¿Soy yo acaso de tan nobles circunstancias? ¿He compuesto jamas cosa semejante? No obstante, tanto me habeis instado y perseguido, que mis débiles talentos han hecho un esfuerzo; y segun la palabra del Señor, menos como á un amigo, que como á un importuno, os he dado lo que me habeis pedido (Luc. 11). Os he enviado, no lo que pudiérais desear, sino lo que he podido producir, he cumplido con mi poder, y no con vuestros deseos; no obstante, he conservado la verdad de los antiguos escritos que me comunicasteis, he compuesto dos Sermones sobre la vida del Santo lo mejor que me ha sido posible; sobre todo, he procurado que ni la brevedad los hiciese oscuros, ni la demasiada extension molestos: en quanto á lo que se ha de cantar he compuesto un Himno: no he atendido mucho á la mensura y cadencia por

no quitar nada al sentido: he distribuido doce Responsorios, y 27 Antifonas, cada una en su lugar; he añadido un Responso que va señalado para las primeras Vísperas; y dos Responsorios breves que se han de cantar el propio día de la fiesta, el uno á Laudes, y otro á Vísperas, segun la costumbre de vuestra regla; pido por todo este mi salario y mi recompensa; ¿y por qué no la habia de solicitar? no me importa que os agrade ó nó este oficio; pues he dado lo que tenia: pagadme ahora, esto es, rogad á Dios por mí.”

En la carta que escribió San Bernardo al Abad de Lieses, le suplica que reciba á Roberto, y que le trate con caridad. «Os he enviado al hermano Roberto, y os suplico con él, y por él, que se le reciba con mas clemencia que la que de ordinario se usa con los otros desertores quando vuelven, pues no debe ser igual la pena quando no lo es la culpa. Os suplico tambien que le quiteis de la obediencia en donde ha estado por tanto tiempo contra su voluntad, y con grande peligro de su alma, á lo que él dice, y le trasladeis á otra en donde pueda vivir con mas seguridad y quietud; porque de lo contrario, segun lo que puedo juzgar de sus pensamientos, rezelo que le perdereis sin recurso. Me han dicho que vuestro Abad estaba muy enfermo, os suplico que me enviéis noticias de su estado para que me alegre yo, si vive, aunque sé que ha de morir, ó para que sienta su muerte, aunque esta le lleva á la vida: lo uno y lo otro me darán gozo y dolor; porque si vive no me alegrará el ver que se le retarda su felicidad, pero me alegraré con los suyos, porque todavia le poseen; si es muerto me alegraré por la gloria adonde ya ha llegado, y lloraré por nosotros, que perdemos un socorro tan necesario.”

Escribió San Bernardo la carta 410 á Gilduino, Abad de San Victor, recomendando á Pedro Lombardo. «Me veo obligado, le dice, á pedir muchas cosas, porque son muchas las que me piden, y no puedo yo menos de cansar á mis ami-

gos, quando hay otros amigos que no me dexan. El Obispo de Luca, mi amigo y mi Padre, me ha recomendado á Pedro Lombardo, hombre venerable, y me ha suplicado que por el poco tiempo que permaneciese en Francia con motivo de estudiar, le procurase por medio de mis amigos con que vivir, yo lo he executado mientras ha estado en Reims; ahora que vive en Paris le encomiendo á vuestra caridad, porque de ella espero mas que de todos los otros; os suplico, pues, que os tomeis el cuidado de sustentarle durante su estancia en ese pais, hasta la Natividad de la Santa Virgen. A Dios."

En la carta 411 procura San Bernardo persuadir á Tomás, Preboste de Beverlai, que abraza la vida religiosa: le dice, que no le pueden servir de impedimento los mayores pecados, y que en este mundo nada hay que se pueda preferir á una buena conciencia. " Aunque no os conozco, le dice, Yvo, que os tiene tan conocido, me ha inspirado deseos de escribiros, y la caridad me determina á executarlos. De vos me ha dicho mil cosas que dan grande placer; y la caridad que todo lo cree no las ha podido oír sin interesarse. Desde este tiempo no me ha dexado descansar, y quiere que yo os hable, ó que hable al Señor de vos. ¿Será en vano? Eso vos lo habeis de ver. Confieso que estoy encantado con lo que me han dicho, pero ni la nobleza del nacimiento, ni el buen rostro, ni las gracias de la persona, ni la abundancia de los bienes, ni la eminencia de las dignidades son las que me mueven; todo esto no es otra cosa que un falso lustre, y la flor de la yerba; sino la viveza de vuestro espíritu, la pureza de costumbres, y sobre todo, aquel amor á la pobreza, que segun me han dicho habeis llegado á concebir en el mismo seno de las riquezas: yo os doy el parabien con el mayor extremo, y deseo que no haya yo concebido en vano tan dulces esperanzas. Dios quiera que el gozo que siento llegue presto hasta los Angeles, los quales se disponen para celebrar una fiesta agradable y solemne por vuestra penitencia y conversion, como por la de

todos los otros pecadores. ¡Ojalá pudiera yo tener entre mis manos esa flor de juventud, en la que brillan todos los presagios de vuestro excelente natural! ¡Qué no me permita ya el cielo cultivarla para el mismo Dios, y ofrecérsela viva y pura como está, con todas las gracias de su buen olor!

"Puede ser que os responda vuestra conciencia que hablo demasiado tarde, y que ya no podeis conservar puro lo que conoceis haber manchado con muchas culpas: esto nada me admira, aunque soy pecador no me da horror un pecador, porque es muy claro el conocimiento de mis enfermedades, y no me permite despreciar á otro enfermo: pero si creéis qué gozo perfecta sanidad, yo quiero hacerme enfermo con los enfermos para sanarlos. Me conformo gustoso con el consejo de S. Pablo, que dice: *Vosotros que sois espirituales, instruíd á los flacos con espíritu de suavidad, reflexionando sobre vosotros mismos, y temiendo ser tentados como ellos* (Galt. 6.). Nada me parece la violencia de la enfermedad, quando pienso en la habilidad del Médico. ¡Quánta experiencia tengo yo de su piedad en las flaquezas que tantas veces me han oprimido! Por profunda que sea en vos la impresion del vicio, por grande que sea la corrupcion de vuestro corazon, por horrible que sea el desorden con que conoceis haber deshonorado vuestra juventud; aun quando todos vuestros dias hayan sido un texido de desarreglos, aun quando os hayais encenagado como una bestia en su muladar, os vereis purificado de todas estas manchas; quedareis mas blanco que la nieve, sereis renovado y restituido á la juventud como el águila; en una palabra, bien sé quién es el que nos dixo: *La gracia ha sido superabundante en donde fué abundante el delito* (Rom. 5.). El Médico es habil, sana todas las flaquezas, y llena con sus bienes todos los deseos del alma.

"Una conciencia pura es un grande tesoro: á la verdad, ¿qué cosa tiene el mundo mas rica ni mas dulce? ¿qué hay en la tierra que sea mas tranquilo ni mas seguro? Una buena

conciencia no teme la pérdida de los bienes, ni las injurias de las malas lenguas, ni los tormentos del cuerpo. La muerte no tanto la abate, quanto la levanta. Decidme, ¿qué hay en las felicidades humanas que pueda compararse á este gozo? ¿Qué cosa semejante ofrece este mundo falso á sus amigos? ¿Qué promete este impostor á los insensatos que tanto lisongee? Esas casas de campo, esos vastos palacios, esas eminentes dignidades, esos cetros y reynos, sin hablar ahora de los peligros á que se exponen por adquirirlos y conservarlos. Todo esto, digo, ¿no se desvanece en un momento quando es preciso morir? *Durmiéron los ricos su sueño, y quando despertáron nada halláron en sus manos* (Salm. 75.): pero los bienes de la buena conciencia siempre renacen, se les hace servir sin gastarlos; estan tan lejos de disiparse á la hora de la muerte que reflorecen; alegran al hombre quando vive, le consuelan quando muere; y despues de muerto se renuevan para no perecer jamas. Mas para que me detengo en palabras, quando estoy pronto para llegar á las obras; desde ahora está en vuestro poder experimentar si os engaño, ó si os prometo verdaderos bienes: venid y vereis con efecto el placer con que yo iré delante de vos en vuestra fuga; con qué extremos de alegría os recibiré y abrazaré al Hijo Pródigo: inmediatamente se le dará su primera estola, y se le pondrá en el dedo un anillo, y le dirán: *Mi hijo estaba muerto, y ha resucitado, se habia perdido, y se le ha hallado* (Luc. 15.).

XXX. La carta 412 fué escrita á un joven que se habia obligado á ser Religioso. Yo lo diré familiar y sencillamente, le escribe San Bernardo: el hombre es una criatura racional y mortal: lo uno es beneficio del Criador, lo otro castigo del hombre pecador; por lo uno nos vemos elevados á la nobleza del Angel, por lo otro degradados hasta la vileza de las bestias. No obstante, estas dos cosas nos deben animar y elevar á buscar á Dios, el temor de la muerte, y la dignidad de la razon: acordaos de la palabra que me dió tan bellas es-

peranzas; pido que la cumplas, ya llegó el tiempo de exigir; no temas en donde no hay motivo de temer. Servir al Señor con alegría, no es trabajo, es honra; no te puedo dar treguas: no hay cosa mas segura que la muerte, ni mas incierta que su hora. ¿Qué diré de tu juventud? Muchas veces se ven los frutos arrancados del arbol antes de madurar, ya con el viento, ó ya con la mano. ¿Qué diré de tu hermosura y de todas tus gracias?...

» Sal, sal como Joseph de la casa de Faraón, dexa la capa en manos de la Egipcia, quiero decir, dexa la gloria mundana; sal de tu pais, y de entre tus parientes: olvida tu pueblo y la casa de tu Padre, y el Rey se prenda de tu hermosura: no se halla el niño Jesus entre sus conocidos y parientes; sal de la casa de tu Padre para salir al encuentro de Jesuchristo, que vino de la casa del suyo por tu amor; él partió desde lo alto del cielo, con razon se dexó hallar de aquella muger, que habiendo salido de los términos de su pais, clamaba con esfuerzo: *Hijo de David tened misericordia de mí*: y él, como la gracia está derramada en sus labios, la respondió: *¡O muger, qué grande es tu fe! hagase para tí como lo has pedido* (Matth. 15.).

Satanás puede arrojar á Satanás; pero el espíritu de verdad no puede ser contrario á sí mismo? Yo estoy persuadido á que él es el que me hablaba de tu conversion por tu misma boca; procura, pues, no extraviarte á la derecha ni á la izquierda, sino venir á Claraval como prometiste; no alegues excusa, si lo que te detiene es el estudio, y quieres todavia instruirte y vivir baxo la enseñanza de un Maestro, *aquí está el Maestro, y te llama* (Joan. 13.). En él estan escondidos todos los tesoros de la sabiduria: él es el que enseña la ciencia al hombre, y da la eloquencia á los que no saben hablar: quando él abre, nadie cierra; pero si cierra, ninguno puede abrir.

La carta 440 es la que Frastredo, tercer Abad de Cla-